

LA LUZ DEL PORVENIR

Gracia: 16 de

Enero de 1890.

Precios de Suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado un peseta fuera de Barcelona un año id. 4 psetas
Estranjero y Ultramar un año d. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos,
y calle del Cañon 9, principal.
SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de Suscripcion

En Lérida, Mayor 81, 2.
Madrid, Valverde 24, p. r. c. i.
derecha. En Alicante
Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—L. s casitas blancas.—A doña Dolores Terá.—Inmortalidad del alma.

LAS CASITAS BLANCAS.

En mis cortos viajes, me han producido siempre gratísima impresion los pequeños pueblecitos con sus casitas blancas como la nieve y sus calles solitarias y tranquilas, donde, al parecer, reina la paz mas envidiable.

Viendo el suntuoso Alcázar de Sevilla, el palacio Real de Madrid, el de Aranjuez, y en varias capitales de España los de otros ilustres personajes, he admirado en esas fábricas grandiosas las maravillas artísticas, la poderosa inventiva del ingenio humano, el lujo en todas sus fastuosas manifestaciones; pero no he encontrado ningun rostro sinceramente risueño bajo los ricos cortinajes de púrpura orlados con flecos de oro. La felicidad, esa hada misteriosa que siempre va delante del hombre con el brazo extendido señalando un punto al que nunca llega el mísero mortal, esa figura encantadora no la he visto vagar por los salones de los régios alcázares: por esto no me seducen esas moles de mármol, esas grandes casas de piedra, cuyos moradores, ó viven hastiados de gozar, ó recelosos de una traición; y más que moradas de vivos, me parecen soberbios mausoleos donde se disgregan lentamente las vanidades humanas.

Cuántos crímenes se han cometido en los palacios! cuántos buenos instintos ahogados antes de dar fruto! cuántos amores generosos han recibido el bautismo de sangre! cuántos séres han nacido bajo un dosel de púrpura, y por el abandono de sus padres han ido á morir en el cadalso para escarmiento de malhechores!

Los palacios me producen el mismo efecto que los manicómios: unos y otros son semilleros de espíritus en turbacion. En cambio, cuando veo un pueblecito de la costa, con sus casitas blancas, en cuyas puertas aparecen niños jugueteando, y mas adentro mujeres haciendo media, encajes, ó componiendo redes, me detengo dulcemente conmovida y contemplo con delicia aquel cuadro de la inocencia y del trabajo.

Allí no se ven rostros sombríos ni ha podido penetrar la tísisis del hastío, cumpliéndose el divino mandato de "ganarás el pan con el sudor de tu frente."

Hace algun tiempo estuve en Badalona, donde abundan las casitas blancas y las calles solitarias, pero de una soledad que en cierto modo parece sonreír. Detúveme algunos momentos á la entrada de una calle, pensando que en aquellas casitas debian anidar las avecillas de la dulce paz.

¡Cuán dichosos, murmuré, los que pueden terminar su existencia en este lugar de reposo!

El que posee una de esas casitas, con lo necesario para vivir ni envidiado ni envidioso, y con un corazón sensible, sabiendo admirar los innumerables encantos de la naturaleza y armonizar las horas de su existencia entre un trabajo útil, una dulce contemplación y una lectura consoladora, ¡con qué tranquilidad esperará la muerte!

Cuando me encuentro en uno de esos parajes tranquilos, recuerdo las grandes ciudades con horror. Me asusta la lucha incesante de la vida, la inquietud sobre el día de mañana, el recuerdo de las ingratitudes, el presentimiento de los engaños, la zozobra que acompaña á todas las empresas, la incertidumbre, el temor y la duda que son los mayores enemigos de la paz del alma.

¿Y eso es vivir? pienso con espanto. No; es torturar la imaginación; es exprimir la inteligencia y dejarla sin jugo; es convertirse el hombre en verdugo de sí mismo, es suicidarse lentamente.

Para vivir se necesita una buena dosis de dulce quietud, tener en blanco las páginas del pasado y escribir con tinta color de rosa ó con caracteres de oro las hojas del presente.

Mas ¡ay! ¿quién tiene en blanco las hojas del pasado? Quizá nadie en la tierra; que no se necesita cometer grandes crímenes para tener crueles remordimientos.

¡Se peca de tantos modos; se hace daño con tanta facilidad! se piensa mal con tanta frecuencia! se murmura tan amenudo... que la mayoría de los humanos no tenemos derecho á ser felices. En las casitas blancas, en esos nidos risueños y tranquilos no pueden entrar los agitadores de otras épocas y los descontentos del presente.

No pueden disfrutar de dulce reposo los que promovieron el desorden, no pueden sonreír los que hicieron derramar mares de llanto.

Si por el presente se ha de juzgar del pasado, el mío debe haber sido muy borrascoso y nunca se ama tanto la dulce calma como cuando un abismo nos separa de ella.

Por eso, yo, errante peregrino, sin hogar ni patria, me detengo melancólicamente impresionada en esos pueblecitos cuyas casitas de nieve contemplo con delicia, murmurando: dichosos los moradores de estos nidos, donde sin recuerdos tristes ni presentimientos sombríos ven acercarse el día de su muerte, seguros de que una mano piadosa cerrará sus ojos y arrojará flores sobre su tumba; en cuanto á mí, extranjera en esa tierra de la tranquilidad, ¡nadie me conoce!... nadie me dirá: "ven á reposar de tus fatigas en mi hogar.", Miro á los niños con dulzura, pero estos no me acarician, antes, temerosos, se acercan á sus madres: aquí soy planta exótica que nunca tendrá raíces.

Adios, casitas blancas! nidos de amor! oasis en el desierto de la vida! guardad bajo vuestro techo humilde á aquellos que son merecedores de sonreír en paz! Yo me vuelvo á mi fatigosa lucha, pero antes quiero reposar un momento á la orilla del mar, contemplando el espejo del infinito, evocando mis recuerdos gratos y pensando en los seres que me aman.... Mas ¡ay! ¿quiénes son?.....

Y me senté en la playa buscando mi pensamiento el oasis del cariño.

Permanecí algunos instantes meditabunda, y evocando después al espíritu que me guía en mis trabajos, escribí lo siguiente: †

"Amado espíritu, deja que te consagre un recuerdo aquí, donde viene á espirar el murmullo de las olas.

Hoy he pasado por el lugar apacible donde oí tu voz querida.

¡Cómo aumentó sus latidos mi corazón! cuántos dulces recuerdos se agitaron en mi mente! qué sensación tan pura estremeció todo mi ser!

¡Padre German! espíritu de amor! adalid del progreso! obrero infatigable! ¡cuánto te he debido!... cuánto te debo! y cuánto te deberé en el porvenir!

Con qué constancia, con qué amorosa solicitud me envías tu benéfico flúido, y con él, raudales de inspiración!

¡Cuánto has engrandecido mi pensamiento!

¡Cuánto has iluminado mi conciencia!

¡Qué parte tan activa has tomado en mi regeneración!

¡Cuánto te amo! Por tí he vislumbrado el infinito y presentido esa vida de grandes sensaciones, cuyas horas han de deslizarse en las dulzuras de la paz y en la felicidad del amor!

Por tí yo siento en mi mente
Algo grande, algo sublime!
Por tí mi alma se redime
De su amarga esclavitud,
Abrigando el sentimiento
De una compasión profunda,
Mientras que mi sér se iaunda
De entusiasta gratitud.

Por tí en la naturaleza
Hallo mas vida y encanto;
Por tí se enjuga mi llanto,
Pues me enseñaste á esperar;
Y al calor de esa esperanza
Que me brinda sus consuelos
Supe presentir los cielos
En las orillas del mar.

Espíritu, que en mi vida
De lágrimas y dolores
Has derramado las flores
De tu hermosa inspiración,
Acepta de mi cariño
Un recuerdo puro y santo:
Tanto yo te debo... tanto...
Que has sido mi redención.

No me dejes: con tu ayuda
Seré un sabio entre los sabios,
Y vengaré los agravios
De los siervos del dolor;
Para el náufrago indeciso
Seré puerto de bonanza
Difundiendo la esperanza
Entre raudales de amor!

Presiento una nueva vida,
Y adivino el infinito,
Y en las olas hallo escrito
Lo que no puedo expresar;
Mi espíritu se ajiganta,
Se engrandece y toma vuelo.
Y encuentra en la tierra un cielo
En las orillas del mar!

Hiende ligero y osado
La inmensidad de la vida,
Y su pequeñez olvida,
Siempre del progreso en pós.
¡Avanzar!... ¡ese es mi sueño!
Que el progreso indefinido
Es lo que me ha convencido
De la justicia de Dios!

Soy hoja seca, perdida
En la arena del desierto:
Para mí todo está muerto;
Pero tengo inmensa fé!
Creo en la supervivencia
Del alma que hoy triste llora;
Creo que á mi postier hora
Jamás, jamás llegaré!...

¡Padre German! tú que siempre
En mis trabajos me guías,
Que sabes mis agonías
Y mi continua aflicción.
No me dejes en la lucha
Sola con mi pensamiento;
¡Inspírame! y con tu aliento
Obtendré mi redención. »

Mientras estuve escribiendo, fuí casi feliz: me parecía que mi frente era acariciada por un soplo suave, y que murmuraban en mi oído palabras de amor.

Los instantes transcurrieron, las horas pasaron, y tuve que abandonar aquel paraje delicioso.

A las almas que han luchado con la adversidad les es grato reposar algunos instantes en un lugar de dulce calma; y como siempre se desea lo que no se puede poseer, veo en mis sueños una casita blanca como un copo de nieve, en la cual se va extinguiendo mi existencia como se extingue la luz al terminar el día.

Acaso sean los sueños las realidades del porvenir. ¡Quién sabe! quizá cuando vuelva á la tierra sonreiré gozosa en una de esas casitas que tantos atractivos tienen actualmente para mí.

¿He vivido alguna vez en ellas? ¿viviré mañana? Todos los deseos se satisfacen

con el transcurso de los siglos, la verdadera ciencia de la vida, como decía Dumas (padre), se encierra en dos palabras: confiar y esperar.

Confiemos en la justicia de Dios y esperemos en el progreso de nuestro espíritu.

Amalia Domingo Soler.

A DOÑA DOLORES MARRÁN

(CIUDAD RODRIGO)

Vuestra carta, querida señora, es el grito de un espíritu que, desengañado de las falsedades que encierra esa religión egoísta que pretende pasar por la única verdadera, se emancipa valientemente de la tutela de los hipócritas, que no niego tengan mucho de católicos, pero no tienen absolutamente nada de cristianos.

Y digo que podrán tener mucho de católicos pero nada absolutamente de cristianos, porque cristianos podrían llamarse si la doctrina que practican fuese la doctrina que allá, en las riberas del lago de Genezareth, enseñó á los pueblos el Cristo. Pero no, querida señora; la doctrina de esos seres interesados y rencorosos, no tiene nada de los sublimes pensamientos y nobles ideas de aquel mártir de la buena causa de los oprimidos pueblos.

Cristo predicó la humildad, la prudencia, la pobreza; Cristo mandó amar al prójimo, no hacer ningún mal, ser caritativos; Cristo indicó el perdón, Cristo amó la verdad, la libertad; ¿se encuentra humildad, pobreza, amor al prójimo, caridad, verdad, libertad, en esa religión que vive de oprimir y explotar?... ¡No, mil veces no!... ¡En esa religión no se encuentra nada de lo indicado, de lo recomendado á los pueblos por el Cristo! se encuentra la soberbia, el fausto, el rencor, la mentira, la tiranía, la indiferencia para el pobre. Con el pan de los huérfanos eleva esa religión soberbias moradas: y, si alguna vez se presta á dispensar su protección, ¡ay del ser protegido!... ¡Qué de amarguras!... ¡Cuántas lágrimas y disgustos le cuesta esa protección no desinteresada, esa protección que hay que pagar, si no con dinero, con servicios que repugnan al corazón y á la conciencia.

Decís bien querida señora; esa religión que desgraciadamente creen algunos divina, es un partido humano, ó mejor dicho, inhumano, porque es contrario á todo lo bueno que encierra en sí la humanidad; un partido que trafica con los sentimientos más sublimes, con las afecciones más íntimas; un partido mal intencionado que pretende dominar á los pueblos, pesar sobre las conciencias, sobre el espíritu y el pensamiento de los hombres; que quiere tener el mundo envuelto en las tinieblas de la superstición y de la ignorancia, para que el mundo no se aperciba de sus defectos, de sus muchas imperfecciones; un partido, en fin, que aborrece la masonería porque en vez de malgastar el tiempo en ceremonias estúpidas, en rezos inútiles, lo emplea en hacer bien al prójimo. En la masonería se encuentra la abnegación, el heroísmo, que difundiendo la luz en las inteligencias, el consuelo en los corazones, practica la verdadera religión, la única religión digna de tener afiliados, prosélitos, admiradores: LA CARIDAD.

Si, la verdadera religión, la religión que proporciona tranquilidad á la conciencia, satisfacción al corazón, la practica la masonería, esa asociación de espíritus libres, de corazones amantes, de pensadores elevados. Ved por qué, querida señora, la aborrece el clero, ¿Puede el lobo querer á aquel que libra de entre sus

dientes al inocente corderillo?... ¿Puede el gavilán amar á quien le arrebató la sencilla paloma de entre sus garras?... Ved, ved por qué truena el catolicismo contra la masonería, contra todo lo que sea luz; el tronco carcomido que inclina sus secas ramas hácia la tierra, no ve sin envidia el jóven, fuerte y lozano retoño que más generoso y compasivo que él, aún le presta algo de su savia, su frescura y su vida. El catolicismo odia todo lo que sea civilización, progreso; hé aquí por qué desde las alturas de los púlpitos, desde las gradas del altar, busca con el pensamiento el mal para arrojarlo, para decir que el mal está en la ciencia, en la masonería, en el racionalismo; el catolicismo comprende que en la ciencia hay luz, que hay luz en el progreso, que hay luz en todo lo que ostente este hermoso lema *Verdad, Valor, Virtud*, y al comprender que la luz extendiéndose por el mundo de las inteligencias, desvanece el engaño con que subsiste, viviendo holgadamente; al observar que por desear gobernar pronto ese mundo, ha caminado con demasiado apresuramiento y cual sol Poniente toca á su ocaso, mientras la libertad que anatematiza avanza majestuosa, luminosa cual el sol que por Levante aparece, su ira no conoce límites; por esto, apenas ve ante sí algo que le recuerda que ha de caer, apoyándose en los pocos espíritus débiles que aún le son adictos, les señala ese algo como indigno, predicándoles, no el perdón como el Cristo indicó, sino la destrucción de todo lo que generosamente se arroja á impedir la realización de sus miras ambiciosas é interesadas.

La ira, querida señora, ese pecado mortal según la religión de que venimos hablando, fué sin duda lo que impulsó al sectario del catolicismo que realizó el acto de negar á vuestro esposo... ¿qué en suma?... Un pedacito de harina amasada solamente; sagrado, sí; mas por la forma, no por las bendiciones de algo menos que un hombre, sino porque tiene las bendiciones todas del Dios Único, del Dios Verdad de la Naturaleza que recompensa los afanes de los hombres y les da los frutos todos de la tierra benditos ya con la mejor de las bendiciones: el trabajo que transforma la nada en algo, lo inservible en servible y útil. ¡Cuántas veces, querida señora, he visto en los conventos donde he estado, donde no se ha perdonado ningún medio para hacerme creer agradable la vida del claustro; cuántas veces, repito, he visto comer sin miramiento ninguno esa forma que dan al público con tanta ceremonia! ¡Cuántas veces he visto vestir, entre algazara y bulla, esas imágenes ante quien el público dobla la rodilla con temeroso respeto!... ¡Oh, para mí ya no hay engaño posible.

Dejemos, pues, querida señora, dejemos que los sectarios de esa religion den salida al despecho que les ahoga al contemplar como el bien triunfa del mal, ¿qué le importa al avecilla que en la cumbre de una montaña cante entusiasmada la aparición de la aurora, las maravillas de la naturaleza que en la falda de aquella montaña silbe derramando el veneno que encierra su corazón la asquerosa serpiente? ¡El bien, la luz, siempre triunfa; si algunos creen que tejiendo, cual la araña, un espeso velo de tinieblas podrán ocultarla, se olvidan, al tener semejante pensamiento, de que así como el Vesubio sepultó á Pompeya y Herculano, pero no tuvo poder bastante para reducirlos á la nada, así también las tinieblas por espesas que sean, no tienen bastante poder para impedir que la luz brille resplandeciente y pura por los siglos de los siglos!...

Lo que os ha acaecido el jueves 18 del mes próximo pasado, demostrándoos palmariamente de lo que es capaz el catolicismo, os ha hecho abrir los ojos á la luz que yo adoro, y valiente, confesando públicamente que os apartais para siempre de la Iglesia, venis á uniros á nosotros, bajo las banderas del libre-pensamiento. Bienvenida seais, querida señora. D. Ramón Chies, Demofilo, Eduardo

de Riofranco, todos los hermanos y hermanas en las creencias racionalistas y vuestra servidora y amiga, os saludan con todo el respeto que merece la mujer amante y honrada que no vacila entre su esposo y un partido de sombra y horror.

ESPERANZA PÉREZ.

INMORTALIDAD DEL ALMA, (1)

¿Cómo surgió la duda sobre este punto en el espíritu de algunos hombres? Sospecharon, al ver continuamente morir en su derredor, unos seres que discurrían, amaban, trabajaban, es decir, al ver transformarse en una masa inerte, que acaba por disolverse en podredumbre, aquella misma persona que hacía poco, estaba animada y discurría, amaba y era amada y admirada ó aborrecida y despreciada, sospecharon y hasta llegaron á afirmar que su alma había muerto como el cuerpo. Pero tampoco muere el cuerpo, tampoco el cuerpo se aniquila. El cuerpo, siendo desatado el lazo misterioso que unía su material esencia á la espiritual, se separa, se divide. Es una palabra sin sentido, la destruccion del cuerpo. El cuerpo, como toda cosa material, disminuye en la apariencia, es decir, se reducen su tamaño y su peso, pero tampoco el fuego, poderoso destructor, destruye, cambia tan sólo en ceniza y humo; ni la ceniza ni el humo pueden ser destruidos á su vez. Las partes aéreas, que se ocultaban en los cuerpos porosos, vuelven á la atmósfera que nos rodea, las partes líquidas, reducidas en vapores, igualmente se disuelven en el aire, desaparecen para nuestros sentidos limitados, pero no vuelven á la nada.

Ahora dirán que el cuerpo mismo, así disuelto, forma otros cuerpos y pierde su entidad: cierto que sí, pero ¿por qué la pierde? porque, siendo materia, se disuelve en mil partes, que ya no son el mismo cuerpo. El cuerpo, repito, es materia, ni se divide tan sólo después que ha muerto, pero desde su nacimiento pierde algunas de sus partes y adquiere otras por asimilacion, aumenta su tamaño, su peso, cada día pierde y adquiere alimentándose y separando de sí lo supérfluo.

Pues la desaparicion de la entidad corpórea, y nunca de su formal principio, es lo que llámase muerte, destruccion, aniquilamiento.

El alma, al contrario, es una é inseparable. Por más años que se hayan acumulado sobre nuestra cabeza, estamos muy seguros de ser siempre los mismos desde cuando tuvimos la conciencia de nuestro sér; si un hombre es falsamente acusado de haber cometido un crimen, grita con entereza: ¡Yo no lo he hecho! Es este *yo* inmutable, inseparable porque es inmaterial, que nunca dejará de existir. ¿Y de qué manera es posible que se aniquile? Aquí contestarán: Por un acto de la voluntad de Aquel que todo lo puede. Pero yo replico: Dios no se arrepiente ni destruye, Dios quiere y cría. El espresarse á veces de otra manera es un hablar figurado y simbólico, pero no quiere significar que Dios aniquile lo que ha criado. La materia se puede dividir y volver al caos, es decir, á la confusion de sus elementos; el alma inmaterial quedará para siempre en su personalidad.

Las propiedades del alma demuestran su espiritualidad y, por consiguiente, su inmortalidad. El pensamiento, de las ideas de las cosas sensibles, abstrae las ideas

(1) Recomendamos á nuestros lectores el artículo que copiamos de «La Concordia» (Revista Masónica), de su contenido, al espiritismo no hay más que un paso; ¡cuán cierto es que la verdad va llamando á todas las conciencias diciéndole al hombre: levántate y anda!

incorpóreas, como los cálculos matemáticos no aplicados, los raciocinios, las hipótesis, las imaginaciones poéticas, las narraciones de hechos nunca acaecidos, de personas producidas por la fantasía, las mentiras en fin, apariencias de verdades: si el alma no fuese espiritual, la mentira no existiera.

El pensamiento recuerda el pasado, penetra atrevido el porvenir, recorre instantáneamente las mayores distancias sin el menor trabajo, y mucho más pudiera si no fuese encadenado en el barro material del cuerpo.

El universal instinto, entre todas las naciones, tributa honores á los difuntos: no á sus cuerpos por cierto, sino á la chispa espiritual que los animaba; esta se alaba, á esta se levantan monumentos, de esta llórase amargamente la partida; si se tratase tan sólo del cuerpo no habría tal dolor. El cuerpo ha quedado entre nosotros: no hay más que embalsamarle, y nada se habrá perdido. Lo que llórase es el cariño que os llevaba el fallecido, su palabra, su mirada, manifestacion de su espiritual esencia, y no la masa inerte á la que se tributan honores, alabanzas y lágrimas.

El pueblo y los niños, en los que la razón no está acaso desarrollada, pero tampoco desfigurada, son aficionados á historias maravillosas, en las que pasan cosas imposibles en esta vida. ¿No es este un secreto instinto profético que hay otra y que en esa pueden ser saciados los deseos del corazón humano? Otra vida luminosa, sin temores, sin penas, sin agravios, feliz sin fastidio y sin miedo de perder la felicidad, vida sin muerte.

¿Qué es la vida actual? Una sucesion de males positivos y bienes casi todos negativos, que consisten únicamente en la cesacion de alguna pena.

El placer de alimentarse es precedido por el estímulo del apetito, sino del hambre, el de beber por la sed, el del reposo por el cansancio, el del calor por el frio; el dulce soplo de una fresca brisa á la sombra de copudos árboles, es agradable después de la opresion del calor.

Los placeres de la inteligencia, del estudio, aunque más nobles y elevados, son una no interrumpida série de curiosidades que, apenas saciadas, producen otras más ardientes.

También las alegrías del corazón, son casi todas negativas. Después de una penosa incertidumbre, es un gozo ver el objeto amado; después de la amargura cruel de los celos, es un arrebató la certeza de que es siempre fiel.

Es alegría ver desvanecido un peligro que se temía, la alabanza justa después del injusto menosprecio, adquirir después de haber perdido, y así de casi todas las alegrías del corazón.

Consideremos la insaciabilidad de nuestros deseos. Aspiramos con ánsia á algo que nos parece la felicidad: si la logramos, ó nos parece menos de lo que lo pintaba la esperanza, ó nos amarga el temor de perderlo. Aunque todos nuestros deseos se cumplieran, lo que es imposible, la certeza de que llegará un día la muerte, cubre de luto la misma felicidad; ni tan sólo la idea de la muerte nos atormenta, sino también la de la inestabilidad de las cosas humanas.

Consideremos los obstáculos que opone la cárcel del cuerpo al libre vuelo de nuestra esencia espiritual. Aunque nuestros sentidos sean los únicos instrumentos de que dispone la inteligencia en esta vida, para conocer la verdad de la que es capaz, sabemos que continuamente nos engañan, que la razón encadenada en la materia, rectifica sólo en alguna parte los errores en que nos inducen.

La virtud nos enamora, pero ¿donde está la perfecta virtud? El frío egoismo, el vicio bochornoso; el infame delito nos afligen, nos amedrentan por todas partes.

En fin, la misma vida, bajo el punto de vista de su duracion, no puede saciar nuestros deseos. Una parte considerable transcurre en el sueño, el resto, si no se desliza rápidamente en el trabajo ó en la diversion, es una carga insoportable y produce un mal detestable, que se llama aburrimiento. El aburrimiento es un tal azote que un filósofo decía que es peor que el mismo dolor, el aburrimiento llevó á muchos infelices al suicidio.

Si la vida pues, para no ser un suplicio, debe parecer breve, llegamos luego á su fin. ¿Qué queda entonces? la virtud practicada y nada más. ¿Como es posible que un espíritu capaz de conocer la verdad, nunca llegue á conocerla? que un corazón insaciable de cariño deje de amar? ¿que nunca apague su sed ardiente amando la misma perfeccion, la misma bondad, la misma belleza?

El deseo de la felicidad siempre va unido al de su duracion; si aquí todos los bienes tienen en sí el gérmen del fastidio, es porque son bienes mortales, que no pueden satisfacer un espíritu inmortal, son fantasmas, apariencias de bienes.

Los gloriosos testimonios que dejaron de sí los hombres mas ilustres, prueban que son inmortales. Las almas privilegiadas de Homero, Virgilio, Horacio, Dante, Lope de Vega, Shakespeare, Victor Hugo, Cervantes, Goethe y de mil y mil otros filósofos y poetas, que largo seria citar, no pueden haber vuelto á la nada. Esas espléndidas llamas de luz celestial nunca se apagarán. Leed, medita sus escritos inmortales, y quedareis convencidos que viven y siempre vivirán sus autores. Y de otro modo, ¿cuál sería la recompensa de la virtud, el castigo del vicio?

El justo, despues de haber luchado sin cesar contra sus propias pasiones, contra la injusticia de los hombres, despues de haber rehusado las riquezas, que proporcionan los placeres, ¿acaso dormirá el mismo sueño que el malvado, que tan solo pensando en sus ventajas, gozando sin remordimientos placeres ilícitos con ilícitas ganancias, sumió en la miseria, en las lágrimas, en la desesperacion á sus víctimas, sacrificando á veces una familia entera á un miserable capricho, al placer de de un instante? ¡Nó, mil veces no! Los inocentes, sublimes deseos de la virtud, las aspiraciones de la inteligencia á conocer la verdad, el amor del alma al Bien perfecto, no pueden acabar más pronto que la vida de un loro ó de un cuervo.

Es en vano que los malvados esperen acabar la série infame de las culpas de los crímenes en el olvido absoluto, en la absoluta insensibilidad. La eternidad los aguarda: en ella el justo será premiado, el héroe valeroso que alcanzó la mas sublime victoria la victoria sobre sí mismo, recibirá la inmortal corona de la gloria imperecedera, en ella será castigado el cobarde que rindió las armas y quedó envuelto en el cieno de los vicios.

ISABEL ZWONAR.

Suscripcion permanente para las ancianas Soriano.

D. Manuel Navarro Murillo, Trugillo, 1 pta.—D. Tomás Cerbera, Jabea, 2'50 id.—El Angel Araceliz, Gibraltar, 1 id.—D. Cecilia Mañez, 1 id.—Ana Estopa, 50 cént.—Dominga Estopa, 50 id.—Eugenia N. Estopa, 1 pta.—María Hernandez de Estopa, 1 id.—D. José Meana, 1 id.—Centro Espiritista, 4'25.—D.^a Regina Gollanes, Coruña, 1 id.—D. M. Sanzbenito, Guadalajara, 1 id.—D. Pablo Goday, S. Carlos de Rápita, 1 id.—M. R. J., Salamanca, 50 cént.—M. G. amigo de la humanidad, Barcelona, 7'50.—Sr. Vizconde Torres Solanot, 1 id.—T. C. T.; 50 céntimos.—Centro Espiritista, Andújar, 2'50.—Suma Total, 28'75.

Andújar 31 de Diciembre de 1890.